

*Discurso capitalista y psicosis social*

Estos son los tiempos de la catástrofe, de los silencios, donde el sistema de todos, el capitalismo, ha logrado expulsar (*verwerfung*) el amor y en medio de convulsiones sociales y personales, lo sustituye por el odio.

José L. Slimovich

Hay una génesis del odio, en Freud, sobre todo en los textos *Las pulsiones y sus destinos* y *El malestar en la cultura*. Al menos teóricamente, podemos suponer que una línea, aunque sea tenue, podría unir ambas concepciones. Aunque por el momento prefiero mostrar los hitos, las coordenadas, sobre las que descansan dichas concepciones, para tratar de introducir cierto orden en la exposición.

Lacan, en 1972, en el Seminario *El saber del psicoanalista*, en la clase del 6 de Enero, fecha no sin resonancia en nuestro medio, después de comentar que la segregación de la enfermedad mental ha estado ligada históricamente a un cierto discurso al que designa como discurso del amo, nos dice: «La historia muestra cómo este discurso vivió durante siglos de un modo provechoso para todo el mundo. Hasta un cierto desvío en el que ha llegado a ser, o se volvió, en razón de un deslizamiento ínfimo que pasó inadvertido para los propios interesados, lo que lo especifica desde entonces como el discurso del capitalista».

Añade que no tendríamos ni idea de dicho discurso si Marx no se hubiese dedicado a completarlo, es decir, a darle su sujeto: el proletariado. Y concluye —recordemos que se trata del año 1972— diciendo: «Gracias a lo cual, el discurso del capitalismo se expande donde quiera que reina la forma de estado marxista».

Destaco el fragmento ya que la historia muestra cómo el discurso del amo vivió durante siglos de un modo provechoso para todo el mundo. Tenemos ahí con qué sorprendernos; así que, ¿con el discurso del amo se vivió de modo provechoso durante siglos? ¿Es que se han olvidado las turbulencias de nuestra historia? Qué decir de la esclavitud durante la época antigua o de la barbarie de nuestra Edad Media, añadamos con Freud, en *El malestar en la cultura*, los horrores de las grandes migraciones, las irrupciones de los hunos y de los mogoles bajo Gengis Kan y Tamerlán, la conquista

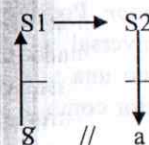


de Jerusalén por los píos cruzados, la santa inquisición, el exterminio de los indios en América, el holocausto. En fin, el catálogo sólo está esbozado, cada cual podría añadir por su parte un muestrario de los horrores históricos más rico y diversificado que el que aquí se ha expuesto.

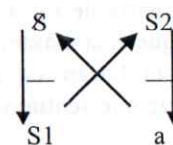
Por tanto, todo esto no debe querer decir que, antes de la época capitalista, el hombre era una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara; sino que como dice Freud en la obra mencionada ya se trataba de un ser entre cuyas disposiciones pulsionales había que incluir una buena dosis de agresividad y de odio. Así pues, el odio era de antes del capitalismo. Pero lo que tratamos de acentuar o de destacar es que éste se expande de un modo inusual en la época capitalista, ya bajo la forma de múltiples epidemias o incluso en esa pandemia especial denominada globalización; mientras que en la era precapitalista, de cambios sociales más lentos y limitada en cuanto a su productividad, aunque sí se observan fenómenos epidémicos de odio indudables, esto no alcanzará en ningún momento el carácter pandémico y de globalización que adquirirá con el discurso capitalista. Todo esto, congruente con el hecho de que nuestra época es poseedora de armas llamadas de destrucción masiva, de tan dolorosa actualidad, que podrían acabar con el último hombre de nuestro planeta.

Pero, si atribuimos al discurso del capitalismo tales características, deberemos preguntarnos un por qué, un nexo entre capitalismo y pandemias del odio. Pues bien, Lacan en el texto citado de 1972, continúa diciéndonos: "Lo que distingue al discurso del capitalismo es esto: la *verwerfung*, el rechazo, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico, con lo que ya dije que tiene como consecuencia. ¿El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor, amigos míos. ¿Ven eso, eh? ¡No es poca cosa!".

Lacan nos dice que el discurso capitalista forcluye la castración y esto tiene como consecuencia dejar de lado las cosas del amor. En el mismo año, 1972, Lacan publica un texto en la *Revista Psiqué*, donde explica de qué se trata ese desvío, o deslizamiento, con respecto al discurso del amo.



Discurso del Amo



Discurso capitalista

El cambio en el discurso capitalista es en la polaridad de las flechas y la inversión entre sujeto barrado y significante amo. Lacan comenta estos cambios, diciendo: «Es suficiente para que eso marche sobre ruedas, esto no podría correr mejor, pero justamente eso marcha así, velozmente, hacia su consumación». La cuestión es que se produce ese pequeño desvío, ese deslizamiento ínfimo, respecto al discurso del amo. El cambio de polaridad de la flecha produce una circularidad que no hay modo de parar. Por eso, los comentarios de Lacan de que eso corre velozmente a la consumación. Entonces, eso empieza a girar comandado por el lugar de \$, dirigiéndose al significante amo en el lugar de la verdad.

Por eso, dice Lacan: «Eso se consume, eso se consume, hasta su consunción. Y aún más, no es que el discurso capitalista sea débil o tonto, todo lo contrario, es algo locamente astuto, el discurso más astuto que se haya jamás tenido. Tan sólo que está destinado a reventar porque es insostenible.»

Quizá antes de todo esto, hay que decir que Lacan no llega a la formulación del discurso capitalista de un modo lineal. Por ejemplo, en el *Seminario 17, El revés del psicoanálisis*, formula el discurso capitalista como el cambio del amo antiguo al amo moderno y lo caracteriza como una modificación en el lugar del saber; o sea, como propiamente el discurso universitario.

Se puede pensar que esta igualación del discurso universitario al discurso capitalista fue más propia de los así llamados países del socialismo real. Pero lo que estaba ahí ya implícito, era la necesidad de la relación del sujeto cartesiano al saber bajo su forma de acumulación; acumulación de saber, acumulación de capital.

Todo esto quedará explicitado en la formulación definitiva del discurso capitalista que se produce seis meses más tarde, en Milán.

Ya no se trata de una permutación determinada de los cuatro discursos, se trata del ataque a uno determinado. O sea, no sigue las



reglas de la permutación de los otros discursos. Se trata del ataque al discurso del amo, ataque perverso en tanto produce un atentado definitivo en la economía del goce. Ésta ya no logrará recuperarse si no acontece un cambio de discurso. Cualquiera de las cuatro estructuras discursivas es capaz, por definición de discurso, de introducir una regulación del goce, y de modo ejemplar el discurso del amo lo es también. Ahora bien, el cambio de letras y de flechas correspondientes producen un desorden permanente, este desorden se va a manifestar como la producción del exceso permanente que caracteriza al discurso capitalista. Lo curioso es que esta producción permanente del exceso sea considerada como uno de los logros de nuestra civilización y sea asimilada a progreso y desarrollo. Coinciden con esto las reflexiones pesimistas de Freud en *El malestar en la cultura*.

Slavoj Žižek destaca, en los análisis económicos del capitalismo, cómo éste padece de un desequilibrio estructural inherente, cómo sus condiciones de existencia precisan de una revolución continua que conducen al antagonismo más íntimo, que su medio de supervivencia es la crisis constante y la expansión.

¿Cómo se dice todo esto en el lenguaje corriente? Si no creces, desapareces; si no creces, mueres. Lo curioso es que si creces y consigues aumentar tu productividad, tampoco estás a salvo; continuas experimentando la pérdida, de un modo mortal, incluso mortífero. Se llama a esto la producción intensiva de un querer gozar. Querer gozar que se desdobra, por un lado en falta de goce, y por otro lado en deseo de goce. Ahora bien, hay que explicitar que ese deseo de goce pertenece a la rúbrica de deseos locos, por dos razones básicamente: la primera, porque no se observa ni un atisbo de metabolismo del goce, y la segunda, porque la prohibición que impera es insensata y equivalente a la ausencia de prohibición.

Con esto entramos en un nuevo campo de patologías. Patologías que aún no han recibido nombre, pero más afines al campo de las psicosis que al de la neurosis, y congruentes con esto a la última denominación de Lacan con la que se refiere a las psicosis, llamándolas estructuras de la normalidad. Entonces, la psicosis es la estructura de la normalidad, pero, bajo la forma de psicosis atípica. No se trata de la psicosis con un delirio bien constituido, sino de aquella que habita al ciudadano común. Con esto, no me estoy refiriendo solamente al campo de la drogadicción, ejemplar en sí misma para mostrar el carácter de fracaso en la búsqueda de goce. Sino a la perviven-

cia en el hombre moderno de esa esencia explotadora llevada por el discurso capitalista a su extremo, sin ningún tipo de límites, hasta la consumación y la consunción. Primero de los explotados, y luego, de los explotadores, ya que estos últimos no están libres de ese antagonismo más íntimo que mencionamos, ni tampoco de la necesidad imperiosa de acumulación y concentración del capital. Sabido es cómo la riqueza del mundo se va concentrando cada día más en menos personas, y quizá estas nuevas patologías que propaga el discurso capitalista —a las que podríamos denominar psicosis sociales— sean las del explotador que experimenta esa falta de goce en el corazón más íntimo de la búsqueda de goce. Explotador que, perfectamente, puede existir de modo dialéctico en el explotado.

¿Cuáles serían esas características del explotador como patología? Apatía, desgana, ausencia radical de afectos, cansancio como modo habitual. Quizá, desde este punto de vista, podrían decirse muchas cosas sobre el síndrome de fatiga crónica y sobre la depresión como otra manifestación epidémica. Se percibe aquí un nexo íntimo entre el explotador y la expulsión del amor, un atentado radical a la falta simbólica como castración, que atañe a un objeto imaginario. Para que una falta pueda ser calificada de simbólica precisa que un orden haya sido introducido en lo real; incluso un nivel de derecho, como diría Masotta, que aunque sadianamente se haya traducido como un derecho al goce; sin embargo, implicaría su rechazo, para ser solamente alcanzado en la escala invertida de la ley del deseo.

Éste es el único goce permitido, y como puede suponerse, su acceso no es fácil. Para acceder a él precisa del amor, según la fórmula canónica «el goce, por el amor, condesciende al deseo». ¿Cómo lo dice Freud? Una vez que el padre original es asesinado, cierto orden resulta del amor por este padre muerto. ¿Cuál es la crítica de Lacan? El padre está castrado desde el origen. En ambos casos, lo que se sitúa en el origen de la historia no es un padre real que impone su ley arbitraria a los hijos, sino simplemente, el padre muerto como padre simbólico. Es decir, a partir de un lugar vacío, el del padre muerto, puede engendrarse el padre simbólico; o sea, la transmisión de una ley que los hermanos reconocen y se imponen.

Lacan no dice que el discurso capitalista forcluye el Nombre del Padre; lo que dice simplemente, es que forcluye la castración. Por lo tanto, el atentado aquí realizado es a una falta simbólica que concierne a un objeto imaginario. Este objeto imaginario ya lo conocemos, es



el objeto del deseo de la madre. Se trata de la dialéctica de ser o no ser el falo imaginario de la madre, que centra todos los deseos. Se trata de una apuesta narcisista, aceptar no ser el falo de la madre supone el reconocimiento de estar en falta en relación al orden simbólico, de que la falta en ser ha sido inscrita. Se trata de una renuncia narcisista. En definitiva, de una encarnación del sujeto cuyo signo puede provocar el deseo como principio del amor. La neurosis da testimonio de todo esto, la castración ha sido inscrita desde el origen y, aunque pretende revestirse de un yo fuerte, es permeable a la suposición de saber que está en el origen del amor de transferencia.

Ahora bien, la forclusión de la castración quiere decir que el sujeto tiene que ser lo que no es, tiene que ser el falo a todo precio. No puede aceptar no ser el falo, no se permite demora de tiempo, congruente en esto con la circularidad vertiginosa del discurso capitalista caminando rápidamente a su consunción. Es lo que nos promete el discurso capitalista: seréis, por fin, todos falos, todos menos los que serán segregados. No importa que se cometan villanías, éstas habrán de componerse de modo que la circularidad sea ininterrumpida. Y si se experimenta en medio de este proceso, no ya la inanidad sino la apatía más absoluta, no importa pues el odio hace aquí su entrada como la pasión que corresponde a este tener que ser el falo.

Freud, en *Las pulsiones y sus destinos*, nos dice que el odio es, en relación al objeto, más antiguo que el amor y que nace de la repulsa primitiva del mundo exterior, emisor de estímulos, por parte del yo narcisista primitivo. De nuevo, vemos aquí cómo es una exigencia narcisista el motor del progreso. Pero como no se puede ser el falo, ya que éste se consume muy rápidamente, sólo queda odiar al ser de al lado donde se localiza el núcleo más íntimo de mi maldad. Esto se expande rápidamente como una epidemia, hasta adquirir los caracteres de esa pandemia llamada globalización. Nadie puede escapar a sus efectos, por eso Lacan continúa estos comentarios en *El saber del psicoanalista*, diciendo: «Por eso, dos siglos más tarde de ese deslizamiento llamémosle calvinista, ¿por qué no?, la castración hizo finalmente su entrada abrupta bajo la forma del discurso analítico».